



MUJERES LLAMADAS LA CONSAGRACIÓN

Queridas hermanas,

No creo equivocarme si pienso que todas nos hemos acordado, en estos días, del granero de la Motte d'Usseau y de la cárcel de las Hospitalarias, de aquel viejo Poitou de fines del siglo XVIII. Y una vez más, habremos meditado que, en el encierro del escondite o la prisión, el Señor fue haciendo historia con nuestros Fundadores, historia que nosotros prolongamos hoy día en tantos lugares. Los aislamientos, los desiertos, las reclusiones siempre han sido lugares privilegiados del encuentro con Dios. La Buena Madre y el Buen Padre lo supieron demás y nos lo contaron con su vida.

Es en el silencio donde maduran las grandes cosas. En la soledad donde surgen las buenas ideas. Y allí donde se nos tuercen los caminos, y se caen nuestras planificaciones y calendarios, el Señor nos puede encontrar más dispuestos, más libres y más capaces de escucharlo a Él, por sobre nuestras voces personales...

Muchas de nosotras estamos confinadas en nuestras comunidades. Cambiamos las visitas domiciliarias por mensajes de WhatsApp, las reuniones y las clases por video-conferencias, y las conversas por llamadas de teléfono. Hemos aumentado nuestros tiempos de oración, meditación y lectura; y nos hemos dedicado a ciertas tareas de casa que enriquecen la vida comunitaria.

No olvido, ciertamente, a aquellas hermanas que, porque pertenecen al personal sanitario, o porque su entorno lo permite, están atendiendo enfermos, distribuyendo comida, acompañando a personas necesitadas, ayudando, colaborando, ... ¡Cuánto me hacen recordar a Damián...

La realidad está siendo muy dura; las cifras diarias de contagios y decesos son enormes; la situación en hospitales y residencias de personas mayores son terribles; a veces no hay espacio en las morgues ni en los cementerios... Hay mucha inseguridad ante lo que se viene... y a veces, el miedo nos ronda. Es normal. Nadie está libre del contagio. Éste, nos ha igualado a todos. Y el miedo es muy humano. Es la reacción espontánea ante una situación amenazante, desconocida, insólita, ...

La Escritura contiene muchos versículos que nos invitan a vencer el miedo. Debe ser, entonces, que éste se puede doblegar. Debe ser que la confianza en Dios puede ser más poderosa y que la esperanza lo puede vencer. Escuchemos con Josué: *¡No tengas miedo ni te desanimas! Porque el Señor tu Dios te acompañará dondequiera que vayas* (Jos 1,9); y con Isaías: *Así que no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios* (Is, 41,10); con María: *No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor* (Lc 1,30); y al propio Jesús: *No se angustien. Confíen en Dios, y confíen también en mí* (Jn 14,1); sólo por recordar algunos.

Es el momento de recurrir a las certezas de la fe, y escuchar al Señor en medio de la crisis que nos aqueja. Y no es fácil encontrarlo allí donde hay tanto dolor, ni descubrirlo presente en medio de una desgracia que tiene al mundo entero trastocado como nunca antes. Pero nosotras sabemos, como lo supieron nuestros fundadores, que el amor de Dios es inagotable y que Él nunca olvida la humanidad que creó. *¿Puede una mujer olvidar a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaré*, dice el Señor (Is 49,15). Nuestra consagración nos impulsa a vivir de ese amor. A contemplarlo y anunciarlo tal como lo hicieron nuestros fundadores que, desafiando los peligros de su época fundaron una Congregación religiosa cuando estaba prohibido.

En estos días de Pascua el Señor resucitado nos salió al encuentro de una manera diferente, asombrosa, pero muy real. Y nos anuncia que algo está cambiando en el mundo, ... ¿o que tiene que cambiar?

¿Nos levantaremos de esta crisis, iguales que antes? ¿Qué habremos aprendido como humanidad, como países, como Congregación?

Que el Señor Resucitado nos dé las luces para responder.

Les abraza con cariño.